



El deporte femenino, ese gran desconocido

Editora: Begoña Marugán Pintos

uc3m

Universidad **Carlos III** de Madrid

Vicerrectorado de Política Científica

Instituto de Estudios de Género

El deporte femenino, ese gran desconocido

El deporte femenino, ese gran desconocido

Begoña Marugán Pintos (ed.)

Fotocomposición y maquetación: Clara Sainz de Baranda Andújar

Instituto de Estudios de Género, Universidad Carlos III de Madrid. 2019



Creative Commons Reconocimiento – NoComercial – SinObraDerivada (by-nc-nd): No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas.

Edición electrónica disponible en internet en e-Archivo:

<http://hdl.handle.net/10016/28386>

ISBN: 978-84-16829-39-2

La responsabilidad de las opiniones emitidas en este documento corresponde exclusivamente de los/as autores/as. El Instituto Universitario de Estudios de Género de la Universidad Carlos III de Madrid no se identifica necesariamente con sus opiniones. Instituto Universitario de Estudios de Género, Universidad Carlos III de Madrid. 2019

ÍNDICE

PRÓLOGO. - Begoña Marugán Pintos	7
I BLOQUE. APROXIMACIÓN AL DEPORTE FEMENINO DESDE UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO	13
1. Actividad física, salud y mujer. - Sergio Marín García, Javier Martínez Ferreiro y Carlos Núñez Fernández	15
2. Vulnerabilidad e invisibilización del género en el deporte: un acercamiento a las relaciones en el contexto. -Marta Eulalia Blanco García	31
3. Análisis sociológico del deporte femenino. - Begoña Marugán Pintos.....	45
II BLOQUE. FORMACIÓN E INVESTIGACIÓN EN EL DEPORTE FEMENINO	69
4. Igualdad de género en el deporte universitario: situación actual y actuaciones para el cambio. -María José Camacho Miñano, Maite Gómez López y Élide Alfaro	71
5. “Participación femenina en actividad física y deporte en la Universidad Carlos III de Madrid”. - Teresa Núñez Bernardos y Janeth Souto García	89
6. La asignatura pendiente: periodismo deportivo en internet. -Clara Sainz de Baranda Andújar	101
7. Entrenamiento específico para mujeres. - Alberto García Bataller	117
III BLOQUE. HABLAN LAS DEPORTISTAS	141
8. Una vida redonda. - Lucía Zumalacárregui Martínez	143
9. Enganchada al deporte. - Raquel Gallego Piñeiro.....	155
IV BLOQUE. ACTIVISMO Y ASOCIACIONISMO COMO ACCIÓN COLECTIVA.....	167
10. Las relaciones laborales en el deporte. - M^a José López González	169
11. Asociacionismo en el deporte. - Fe Robles Fernández	179
12. Asociación para Mujeres en el Deporte Profesional. - Mar Más	187

UNA VIDA REDONDA

A ROUND LIFE

LUCÍA ZUMALACÁRREGUI MARTÍNEZ

*Estudiante del doble grado de Derecho y Economía
Universidad Carlos III Madrid*

Resumen: El deporte ha estado presente en mi vida desde que comencé a jugar al tenis con seis años, aunque gracias al patio del colegio descubrí mi verdadera pasión: el fútbol. A lo largo del tiempo he visto la discriminación entre hombres y mujeres presente en varios deportes, sin importar la categoría de la competición. El mundo está cambiando, debemos conseguir que progrese.

Palabras clave: Deporte, hombre, mujer, discriminación, progreso.

Abstract: Sport has been present in my life since I started playing tennis at six years old, although thanks to the school playground I discovered my true passion: soccer. Over time I have seen discrimination between men and women present in various sports, regardless of the category of the competition. The world is changing, we must make it progress.

Keywords: Sport, man, woman, discrimination, progress.

Sumario

1. – Introducción. – 2. Mi primer deporte. – 2.1 La competición. – 2.2 Torneos. – 2.3 Cuelgo la raqueta. – 3. Mi mejor deporte. – 3.1. Colegio e instituto. – 3.2. Universidad. – 3.2.1 Mi primer equipo. – 3.2.2 Liga universitaria. – 4. Cambiar no es progresar. – 4.1. “¿Y tú de mayor qué quieres ser?”. – 4.2. Ahora que soy mayor, no me dejan ser. – 5. Conclusión

1. INTRODUCCIÓN

Desde pequeña he sido un torbellino de energía, un “culo inquieto” que no estaba en reposo ni un segundo, sin importar el momento ni el lugar. Disfrutaba corriendo hasta que notaba que mis piernas iban solas, casi por inercia, esquivando obstáculos y alcanzando mayor velocidad a cada paso que daba.

Según fui creciendo esa energía seguía en aumento, por lo que mi padre me ofreció la posibilidad de apuntarme a algún deporte, en concreto, me propuso el tenis. Ahí comenzó mi vida deportiva.

2. MI PRIMER DEPORTE

Tenía aproximadamente unos 6 años cuando mi padre me compró mi primera raqueta. Yo no conocía muy bien el deporte, pero un amigo mío del colegio lo practicaba y me dijo que seguramente me gustaría, así que decidí que podía ser una buena idea probar, al fin y al cabo no tenía nada que perder.

Lo primero que hicimos fue ir al club de tenis que había en nuestra ciudad e informarnos de cómo y cuándo se impartían esas clases y qué material iba a necesitar. Era la primera vez que iba a apuntarme a una actividad extraescolar y, aunque reconozco que estaba nerviosa, la curiosidad por aprender un deporte nuevo venció a mi timidez. Así que, a los pocos días de ir a pedir información, ya estaba apuntada a la escuela de tenis y tenía un grupo de entrenamiento asignado.

La primera clase supuso un choque continuo de emociones y sentimientos. Por un lado, los nervios ante lo desconocido y la vergüenza y timidez hicieron que no estuviera del todo cómoda, pero por otra parte aquel deporte me resultaba increíble, adictivo. El profesor se centró en explicarme cómo coger la raqueta, de qué manera golpear a la pelota y qué tipo de movimientos debía hacer. No tardé mucho en adaptarme al juego y ser capaz de alcanzar el ritmo a mis compañeros.

Durante los primeros años (de los seis a los doce aproximadamente) los entrenamientos eran mixtos pero al comenzar la adolescencia, los grupos se separaban en función del sexo. La idea básica de este método se basa en las diferentes aptitudes de cada persona - que generalmente asociaba a los hombres con la fuerza y la velocidad y a las mujeres con la flexibilidad y la agilidad-, así como a la forma de competir. No todos los hombres son fuertes y veloces, ni todas las mujeres flexibles o ágiles, o viceversa, pero la generalidad de este pensamiento justifica dicha separación por sexos.

El fin último de estar apuntado a una escuela de tenis era que tuviéramos una progresión positiva en nuestra forma de jugar; que fuéramos capaces de adquirir cierta técnica en el golpeo, llegáramos a las pelotas más complicadas, entendiésemos el funcionamiento del juego etc... Para alcanzar ese fin entrenábamos alrededor de tres horas semanales y, durante el fin de semana, jugábamos la liga.

2.1 La competición

Cada club se subdividía en equipos para jugar la liga, de manera que, por ejemplo, el Equipo 1 del Club “Chamartín” tenía inscritos a un chico y una chica de cada categoría (desde benjamín hasta juvenil) para jugar partidos cada fin de semana contra otros clubes. Se sumaban puntos según el cómputo global de los enfrentamientos de todas las categorías disputados ese fin de semana hasta que, a final de temporada, el equipo que más puntos tenía acumulados era proclamado campeón.

Esta era una forma de poner en práctica todo lo que habíamos aprendido y practicado durante la semana anterior en los entrenamientos. Te permitía medir tu nivel de juego, descubrir los puntos débiles que debías mejorar para la semana siguiente y, por supuesto, disfrutar del deporte. El club al que yo pertenecía insistía en el tipo de valores que querían inculcarnos: respeto y deportividad. Durante las jornadas ligueras, cada equipo contaba con un capitán que iba acercándose a cada pista para hablar con los jugadores, preguntar si necesitábamos algo o, simplemente, darnos ánimo.

A lo largo de los partidos puedes sufrir grandes bajadas y subidas de ánimo, entrar en un bucle de pesimismo y desconcentrarte totalmente. Es un deporte duro mentalmente que requiere tener la cabeza fría en determinados momentos pues, de no ser así, tú mismo perderás el partido incluso antes de que acabe. Para mí, la principal dificultad era la manera de hacer frente a lo que sentía cuando perdía un punto o fallaba un golpe. No era capaz de templar mi ánimo, pensar tranquilamente y encontrar una solución, mi temperamento actuaba antes que yo; y ahí se desataba la locura. Debemos enseñar a los más pequeños a gestionar las emociones de una manera sana, demostrarles que sentir enfado o rabia es normal, pero que hay distintas formas de transformar esa rabia en impulso para mejorar y, sobre todo, diferentes maneras de exteriorizar dichas emociones.

Estoy segura de que todos hemos visto alguna vez - ya sea por la televisión, en internet o en persona - a un jugador de tenis pegando pelotazos sin ningún tipo de control, insultando (tanto al contrario como a sí mismo) o gritando, tirando la raqueta al suelo o, incluso, golpeando ésta última contra la pista hasta doblarla o romperla. Estos comportamientos son el resultado de un torrente de energías negativas que no somos capaces de gestionar. Ahora bien, ¿hombres y mujeres exteriorizamos esa negatividad de la misma forma?

En mi caso concreto, la rabia e impotencia que sentía ante lo que yo consideraba un fracaso sí que emanaba de mí de forma violenta. Pegaba un pelotazo a la verja o cerraba los puños apretando tanto mi mano que incluso me hacía daño. Automáticamente, en cuanto algún adulto veía este comportamiento, me lo reprochaba y buscaba la manera de tranquilizarme para que parase. Hasta aquí todo sigue un orden lógico: una niña tiene un comportamiento inadecuado al enfadarse, y un adulto le regaña por dicho comportamiento. Sin embargo, hubo un día que este orden lógico se cumplió conmigo y no con el chico que jugaba en la pista de al lado.

Ambos íbamos perdiendo el partido por fallos propios, lo cual nos desesperó. Mi reacción fue la mencionada anteriormente, pelotazo a la valla y puño apretado, mientras que el suyo se basó en gritos, palabrotas y una sucesión de golpes de la raqueta contra el suelo. En mi caso, en escasos minutos, mi capitán se presentó en la pista para hablar

conmigo, tranquilizarme y hacerme ver que esa reacción era perjudicial única y exclusivamente para mí, no era correcto mi comportamiento. Lo entendí, aunque por momentos ese enfado volvía a surgir, traté de contenerlo. Vi que hizo lo propio en la otra pista con mi compañero e intenté volver a concentrarme en el juego.

Al acabar mi partido, el cual perdí, salí de la pista directa hacia mi padre, que estaba charlando con el resto de familiares y gente del club. Las madres y los padres me decían que tenía que intentar tener menos genio, que “esa mala leche no es propia de una chica tan pequeña”. No le di mayor importancia a sus comentarios, al fin y al cabo con quien quería hablar del tema era con mi padre, no con el resto, pero entendí que era su manera de intentar animarme. Me quedé un rato con ellos y comenzaron a charlar sobre el enfado del otro chico, pero esta vez su tono era distinto y no había reproches; era una sucesión de frase tales como “pobrecillo, fijate cómo de enfadado tiene que estar para ponerse así” “es que es un chico muy temperamental, hay que dejar que se desahogue y luego ya se le pasa”. Por supuesto, hubo otro gran sector de familiares que se centraban en la idea lógica de que, independientemente del resultado, esa actitud no se podía tolerar en ninguna persona. Dos tipos de posturas, dos tipos de opiniones, pero ¿cuál es el pensamiento que subyace detrás de la primera?

Nuestra sociedad ha creado un espacio en el que la violencia en hombres es normal, es una manera natural que tienen de expresar su enfado, mientras que en las mujeres indica un claro problema de educación y capacidad de contenerse. Un chico que se declara contrario a la violencia, que cuando hay un enfrentamiento se niega a resolverlo a golpes, es tachado de débil (adjetivo que actualmente la RAE atribuye al sexo femenino, es decir, al conjunto de mujeres). Se asume como normal y se justifica en un chaval un comportamiento que, si se lleva a cabo por una mujer, es tildado de inapropiado, exagerado o totalmente fuera de lugar.

No considero que deba legitimarse la violencia, Creo que es necesario hacer hincapié en las diferentes emociones que sentimos y tratar de dominarlas, en lugar de dejarnos dominar por ellas. Igualmente, dichas emociones y sentimientos afloran en todos y cada uno de nosotros, por lo que es importante darle una perspectiva general en la que no se justifiquen determinadas actitudes para unos y se reprochen las mismas actitudes para otras.

2.2. Torneos

Los torneos eran totalmente voluntarios, por lo que participé en muy pocos. Suponían desplazarse varios días con el coche a la ciudad donde se organizaran y dedicarles bastantes horas del fin de semana, algo que mi padre y yo considerábamos que no nos merecía la pena. Por ello, únicamente me apunté a un par de ellos que se celebraron cerca de casa. Sin embargo, gracias a estar dentro de un club, pude asistir a varios de ellos, principalmente al “Mutua Madrid Open” como ejemplo de torneo profesional.

Con el tiempo, fui observando diferencias notables entre chicos y chicas a la hora de disputar los torneos. La primera de ellas, es el ejemplo más claro y representativo: los premios. Eran muchos y muy variados, desde raquetas de tenis, hasta comida o dinero (en las categorías absolutas). La lógica nos dice que el premio para la categoría masculina y

la categoría femenina debería ser el mismo, pues hacen el mismo trabajo: se inscriben a un torneo, juegan por rondas, consiguen clasificarse para la final y la ganan. Sin embargo, en muchas ocasiones no sucede esto, son los varones quienes obtienen las recompensas más altas. A todos nos molestaría compartir oficina con una persona que realiza el mismo número de informes en el mismo horario de trabajo que nosotros y esa persona cobra a final de mes 200 euros más. Resulta absurdo pensar que esto suceda pero, por desgracia, es una realidad.

Algunas personas justifican la diferencia de galardones, sobre todo a nivel profesional, basándose en que “los deportes masculinos atraen a más público que los deportes femeninos”. ¿Realmente sucede así? Es necesario que reflexionemos un momento sobre la idea que esta frase contiene. Los acontecimientos deportivos a nivel profesional suelen llevar aparejados una gran inversión en publicidad y promoción que busca y permite llegar al mayor número de personas posibles con el fin de atraer su atención y motivarles a acudir a dichos acontecimientos. Sin embargo, dicha inversión no se produce en las mismas cantidades, ni entre los distintos deportes ni, dentro del mismo, para todas las categorías. Conviene revisar si nuestras ideas son la base de la realidad y, a partir de ellas se ha construido el orden hoy en día establecido o, si dichas ideas son la consecuencia y reflejo de nuestras acciones. No falta público, faltan ganas para poner los medios necesarios que permitan atraer al espectador que, en muchas ocasiones, no es consumidor porque desconoce la existencia del producto.

Otro ejemplo, también relacionado con las herramientas puestas a disposición de las jugadoras, es el tiempo y lugar de los partidos femeninos. En las épocas de altas temperaturas, son las mujeres quienes compiten a las horas de máximo calor y, quienes durante los meses fríos, se enfrentan unas a otras en los momentos del día donde el termómetro marca escasos grados. Igualmente, fijémonos en qué pistas se disputan las grandes finales; son los hombres quienes juegan en la pista central, mientras que las mujeres quedan relegadas a un segundo plano.

2.3. Cuelgo la raqueta

Tras casi diez años jugando al tenis, tomé la decisión de dejarlo. Cuando yo me fui del Club eran pocas las chicas que quedaban en él, la mayoría lo habían dejado por diferentes razones. En mi caso, la causa fue la falta de ganas.

Durante mi último año comenzaron a pesarme más los errores y las épocas de desánimo que las victorias, ya no me compensaba hacer un hueco en mi vida para ir a entrenar y competir. Es un deporte maravilloso y, por amor a él, pensé que lo mejor era parar antes de que ese amor se convirtiera en odio.

3. MI MEJOR DEPORTE

3.1 Colegio e instituto

El colegio es el lugar donde pasas la mayor parte de tu tiempo cuando eres pequeño. En mi caso, fui al mismo desde los tres hasta los dieciocho años. Considero que es un espacio importante para cualquier persona, pues es en él donde comienzas a relacionarte con el resto del mundo, donde vives situaciones que te marcarán para un futuro, sin ser consciente de ello.

Es muy común escuchar la frase “los niños son muy crueles” y, por desgracia, es cierta. No son crueles por maldad, sino por ignorancia. No conocen los límites ni reglas sociales, no son conscientes de que ciertas palabras o acciones pueden herir a los demás, por eso pueden llegar a tener comportamientos dañinos, especialmente, con el resto de niños. Desde pequeños tratan de educarnos en una serie de valores, castigando o premiando nuestra actitud. Ahora bien, ¿qué sucede si nadie nos corrige dicho comportamiento? La respuesta es sencilla: no lo cambiamos. Asimismo, se dice que “los niños hacen lo que ven”, imitan el comportamiento de los adultos. Ambas expresiones reflejan la importancia que tiene una persona en la forma en que los niños se relacionan con el mundo y la necesidad de que prestemos especial atención a los comentarios y actitudes que tenemos delante de ellos.

Creemos en un contexto social marcado por las tradiciones, ideas y valores arraigados en nuestra sociedad, no siempre buenos, pero en su mayoría totalmente normalizados y asumidos por todos nosotros. Los niños no son ajenos a este contexto, incluso son quienes más lo sufren, pues carecen de la capacidad reflexiva suficiente que les permita cuestionarse si están de acuerdo o no con lo que ven y escuchan. Creo que todos hemos sufrido (y hemos hecho sufrir a otros) actitudes que hoy en día nos avergonzarían, precisamente, porque ahora sí somos capaces de recapacitar sobre nuestros actos.

Cuando tenía unos seis o siete años me relacionaba sin problemas con la gente de mi clase. Con cualquier compañero que compartiera pupitre me encontraba a gusto, aunque es cierto que conseguía entenderme mejor con los chicos que con las chicas. Mis primeros recuerdos son precisamente de aquella época. En clase la profesora intentaba que nos uniéramos entre nosotros lo máximo posible, pero a la hora del patio del recreo, automáticamente los chicos iban por un lado y las chicas por otro. Ellos corrían, saltaban y pegaban patadas a un balón, mientras que ellas hacían castillos de arena, peinaban muñecas o hablaban de ropa. Por supuesto, ambas maneras de disfrutar del recreo me parecen bien, pero la que a mí me gustaba era la primera.

Un día decidí acercarme en el recreo a hablar con mis amigos y preguntarles si podía unirme al partido de fútbol que estaban echando contra los chavales de otra clase. Su primera reacción fue de sorpresa, ninguna otra chica antes les había propuesto semejante locura, pero discutieron sobre el tema y finalmente les pareció bien, aunque con una condición: yo tenía que ser la portera. Les pregunté el porqué de esa condición y su respuesta fue breve: “los chicos metemos goles, las chicas os lleváis los pelotazos”.

Lo peor de todo, es que en ese momento su contestación me pareció normal, incluso sentía que debía estar agradecida porque me dieran una oportunidad. A partir de ese día, el resto de recreos los disfruté bajo palos. Cada vez era más rápida llegando al balón, conseguía tirarme al suelo sin hacerme daño y podía sacar con la mano hasta el otro campo. Llegar a clase sudando, con las medias rotas y la cara roja se convirtió en una rutina que me permitió tomar contacto con un deporte que sigue presente en mi vida como uno de mis grandes pilares.

3.2. Universidad

La etapa universitaria es totalmente distinta a lo que has conocido anteriormente. Te obliga a salir de tu zona de confort, a la vez que te permite sumergirte en un micromundo de constantes cambios y sucesiones de personas muy diferentes que te motivan, estimulan y abren los ojos en multitud de aspectos. En resumen, es una etapa de novedades y oportunidades.

3.2.1 Mi primer equipo

Hace dos años y medio obtuve plaza en la Universidad Carlos III de Madrid. Lo primero que hice al saber que me habían admitido fue meterme en la página web para ver todos y cada uno de los apartados que ésta tenía. Buscaba todo tipo de información acerca de actividades, horarios y vida universitaria en general. Un día, navegando en dicha página, encontré un apartado que hablaba sobre las instalaciones deportivas del Campus y los deportes (tanto individuales como colectivos) en los que la Universidad competía, pero uno en concreto captó mi atención: fútbol sala femenino.

Leí detenidamente la información y descubrí que para entrar en la “selección deportiva” era necesario pasar unas pruebas de acceso que se realizaban a principios de curso, durante las tres primeras semanas de septiembre. Apunté las fechas y el lugar de las pruebas con la idea de presentarme a la vuelta del verano.

La segunda semana de septiembre decidí que había llegado el momento de acercarme al polideportivo e intentar dar la talla para que me aceptaran en el equipo. Así que me puse el chándal, cogí las deportivas y fui directa al sitio que meses atrás había anotado en una hoja. Al llegar a la pista vi a decenas de chicas que habían ido con el mismo propósito que yo, lo que consiguió ponerme nerviosa y hacerme dudar de si sería capaz de pasar el proceso de selección. Minutos después, el entrenador se acercó para pedirnos que apuntáramos nuestros datos personales en una ficha y nos dio un dorsal a cada una para poder identificarnos durante el entrenamiento.

Las pruebas se centraron en ejercicios de conducción, tiro y velocidad. Al terminarlas, mis esperanzas de entrar eran bastante nulas, pero la suerte se puso de mi lado ya que era la única chica que optaba al puesto de portera, por lo que automáticamente entré en el equipo. Me acordé de aquel día en el que mi amigo me obligó a ser portera si quería jugar con ellos, no pude evitar reírme por la ironía del momento.

Acerté aquel día, pues formar parte de las “Charlies” (así nos hacíamos llamar) fue una experiencia única que me permitió superarme a mí misma en todos los niveles.

La competición sacaba lo mejor de nosotras. Todas entrábamos a la pista dejando fuera los problemas personales, las preocupaciones y los agobios, y nos dedicábamos a jugar y disfrutar.

3.2.2 Liga universitaria

Hace un año unas compañeras de facultad, me propusieron apuntarme a la “liga interna” de fútbol 7 que organizaba la universidad. Consistía en una liga mixta en la que sólo podían formarse equipos de estudiantes, de manera que cada semana te enfrentabas con un equipo diferente, obteniendo tres puntos si ganabas el partido, un punto si acababa en empate y cero puntos si perdías. A pesar de que la liga era mixta, la mayor parte de los participantes eran hombres, siendo una excepción el partido en el que te enfrentabas a alguna chica.

Durante los cuatro meses que duró esta competición, mis compañeras y yo vivimos situaciones de lo más variadas, tanto agradables como desquiciantes, siendo el sexo una cuestión determinante en todas ellas.

Nuestro equipo se llamaba “Niñas voladoras” en honor a una canción de Juanito Makandé, y formábamos parte de él un total de nueve chicas de distintas carreras. Una estudiaba ingeniería, varias éramos del área de empresa y economía y otras cuantas venían del mundo del periodismo, siendo las ganas de practicar deporte y pasarlo bien en grupo lo único que teníamos en común. La mayoría no había jugado al fútbol más que en el colegio, cuando era un contenido evaluable de Educación Física, sin embargo, a todas nos llamaba la atención. En ningún momento íbamos a los partidos con la intención de salir al campo a jugar durante cuarenta o cincuenta minutos con el único objetivo de ganar el partido, simplemente buscábamos pasar un buen rato. Por desgracia, ciertos rivales no compartían ese espíritu.

En general, los partidos tuvieron resultados desastrosos en nuestra contra, pero los goles no reflejaban nuestra actitud. Éramos nueve personas disfrutando cada segundo, animándonos y ayudándonos unas a otras, siendo equipo en el sentido pleno de la palabra. Las derrotas no nos derrumbaban ni nos quitaban el ánimo, al fin y al cabo, estábamos aprendiendo a jugar a un deporte nuevo y nadie nace sabiendo, requería tiempo y esfuerzo ver que nuestro esfuerzo y dedicación daba sus frutos.

A mitad de competición nos tocó jugar un partido contra un equipo que nos mostró la cara más amarga de la liga. Este equipo estaba formado en su totalidad por chavales de unos 20-21 años que llevaban jugando al fútbol desde que eran pequeños, lo que significaba que nos llevaban varios años de ventaja de entrenamiento. El partido comenzó como cualquier otro, los primeros minutos tantearon el terreno para ver cuál era nuestro nivel y, al darse cuenta de que no íbamos a ser un gran obstáculo, decidieron pasarlo bien jugando con(tra) nosotras.

Comenzaron a dar toques entre ellos en distancias muy cortas mientras se reían cuando intentábamos quitarles el balón, poco a poco fueron animándose unos a otros para ver quién se regateaba a más jugadoras y se burlaban del que fallaba un pase o del que perdía un balón. Frases tales como: “¿¡pero Pepito! ¡Que es una tía! ¿Cómo te ha podido quitar el balón?” se fueron repitiendo durante todo el encuentro sin ningún tipo de

moderación. Les daba igual que escuchásemos sus carcajadas y menosprecios, para ellos estábamos allí igual que estaba la portería, éramos un mero objeto.

En los momentos en que la posesión la teníamos nosotras, la situación cambiaba. Las primeras veces no variaron su juego, se mantuvieron igual que cuando tenían ellos el balón, pero en un momento determinado decidieron que les dábamos pena y que era mejor tener misericordia con nosotras. Empezaron a comentar: “Tranquila, tú da un pase que no te lo voy a cortar”, “el balón se golpea con el interior”, “os dejamos avanzar un poco” e incluso aplaudían cuando dábamos un buen pase en largo, todo ello con un coro de risas constantes entre ellos. Una multitud de frases, que unidas al ambiente de jolgorio continuo, no mostraban respeto, sino una condescendencia y un paternalismo totalmente fuera de lugar. No necesitábamos que nos trataran como si jamás hubiéramos pegado una patada a un balón ni como si fuéramos incapaces de correr con la vista al frente, únicamente buscábamos jugar un partido tan normal y agradable como los anteriores.

La situación se tensó cuando les metimos el primer (y último) gol. Para entonces llevábamos más de media hora jugando y el marcador rondaba el 10-1, pero eso a ellos no les importó, sólo eran capaces de fijarse en que un equipo de mujeres había conseguido llegar a su portería y marcar. “No me jodas, ¿cómo nos pueden haber marcado unas tías?”. “Ha sido por tu culpa, que no sabes defender, idiota”. “Se van a enterar...”. Sólo eran capaces de buscar un culpable ante, lo que creían, era una ridiculización y una ofensa.

Pocos minutos después comenzaron a correr directos hacia nuestra portería, a tirar con todas sus fuerzas sin importarles si estaban a un metro de distancia o a veinte, ya que su objetivo era anotar los máximos goles posibles con el fin de compensar la “humillación” que habían sufrido. En ese partido, era yo quien estaba bajo palos y quien decidió no interponerse entre el balón y la portería hasta que no se dieran cuenta de que un pelotazo, tal y como lo estaban tirando, duele más de lo que creen. Como portera, soy consciente de que voy a recibir balonazos, al fin y al cabo mi trabajo consiste en evitar de cualquier manera que el balón entre dentro de la portería, lo que no estoy dispuesta a aguantar ni permitir es ser la pared de castigo sobre la que unos cuantos adultos con actitud infantil descargan su absurda frustración. Igualmente, no fui la única que pagó su enfado. En una jugada, mi compañera salió corriendo hacia el balón; lo tenía ya controlado cuando un chico vino por detrás y le arrolló empujándole con su cuerpo. Automáticamente, el árbitro se acercó y, tras varias quejas del chico, le expulsó.

Poco después sonó el silbato indicando el final del encuentro. Comenzamos la ronda de chocar manos y saludarnos entre todos, aunque algunos decidieron no hacerlo. Uno de los principales “ofendidos” me felicitó por el partido que había hecho ya que “es muy difícil encontrar a chicas que jueguen bien a esto”. Mi respuesta fue clara, no quería que me dijera ningún elogio después de haber estado menospreciándonos a mis compañeras y a mí durante casi una hora. El respeto a una persona no es negociable.

Acto seguido, me giré y me acerqué al árbitro para darle la mano, decidida a irme de allí cuanto antes. Sin embargo, se quedó mirándome mientras decía: “estoy harto de ver a los chavales comportarse así cuando juegan contra tías. Llevo todo el partido viendo cómo os vacilaban y no he perdido la oportunidad de amonestarle cuando ha hecho la falta, claramente no se lo ha tomado bien”. Le respondí que no se preocupara, su misión era arbitrar imparcialmente y, aunque quisiera penar ciertas acciones, tenía que cumplir

con unas reglas que no se lo permitían. Desde el otro banquillo se quedaron observando cómo hablábamos hasta que se acercó el chico que había sido expulsado y decidió unirse a la conversación. Intervino diciendo que no entendía de qué nos quejábamos, pues consideraba que habían jugado de manera deportiva. No pude evitar recordarle que nadie le había dado vela en ese entierro, ni le había pedido su opinión. Creo que no esperaba una respuesta por mi parte, pues su expresión cambió a la vez que su mandíbula se tensaba. A continuación se acercó un poco más hasta la zona del césped donde estaba sentada y, omitiendo mi comentario, añadió: “No podéis quejaros de la falta, porque sois mujeres y sabéis a lo que habéis venido”. Al preguntarle por cuál era nuestra misión según él, no dudó en afirmar que “si recibís una patada, os aguantáis y si no sabéis jugar, no os apuntéis a un deporte de chicos”. No pude evitar levantarme como un resorte, ponerme frente a él y discutir acaloradamente sobre el tema. Acabó cuando sus compañeros de equipo le dijeron que parase y el árbitro consiguió separarnos.

El principal problema con este equipo no fue que nos trataran como si no supiéramos jugar (realmente ninguna era una profesional, apenas llegábamos a la portería contraria), sino la razón por la que tomaban ciertas actitudes.

4. CAMBIAR NO ES PROGRESAR

Para progresar hay que cambiar, pero un simple cambio no conlleva un progreso. El deporte es una herramienta de socialización y realización personal al alcance de cualquiera que, en ciertas personas, supone un motor de vida y una profesión.

4.1. “¿Y tú de mayor qué quieres ser?”

¡Cuántas veces habremos oído esta pregunta! Cuando éramos pequeños/as, la mayoría de nosotros/as seguramente contestamos profesiones de lo más dispares: profesor/a, bombero/a, médico/a, astronauta... Hay una en concreto que tiende a repetirse especialmente en chicos: futbolista. No es casualidad que esta respuesta predomine en el sector masculino. Casi desde que nacen ya se les pone la camiseta del equipo favorito del familiar en cuestión que se la ha regalado, a los pocos años le llevas al estadio, le compras unas botas y un balón y le apuntas al primer equipo del barrio. Es el deporte nacional por excelencia que, aunque nos cueste reconocerlo, muchas veces vivimos con un fanatismo que se nos va de las manos.

Los niños contestan que quieren ser futbolistas porque saben que pueden serlo, tienen ídolos como Messi, Cristiano Ronaldo o Iker Casillas, a los que admirar y emular. Buscan seguir sus pasos para acabar jugando en la élite. Igual que hablo de fútbol, me puedo referir a baloncesto, tenis, natación o ciclismo. Todas las personas hemos crecido viendo los logros de Pau y Marc Gasol, Ricky Rubio, Rafa Nadal, David Meca, Alberto Contador, Sergio Ramos, Sergio Llul... Podríamos decir decenas, incluso cientos de nombres de deportistas profesionales cuyas hazañas son alabadas una y otra vez. Ahora bien, ¿a cuántas mujeres podríamos nombrar? Probablemente no alcancemos los diez o doce nombres.

Hay tantas mujeres como hombres sobresaliendo en distintos ámbitos, pero no obtienen la repercusión que se merecen. Silenciamos triunfos. En España la selección femenina de fútbol 11 sub 19 ha sido campeona de Europa dos años consecutivos (2017 y 2018), la selección femenina de fútbol 11 sub 17 obtuvo el tercer puesto europeo en el año 2013, fue subcampeona de Europa en 2009, 2014, 2016 y 2017, campeona de Europa en 2010, 2011, 2015 y 2018, así como campeona del Mundo en 2018. Carolina Marín, en bádminton, se ha proclamado cuatro veces campeona de Europa y tres veces campeona mundial; además de ser campeona olímpica en Río 2016.

Estos son dos deportes que sirven de ejemplo para ilustrar el magnífico palmarés femenino existente en este país que, por desgracia, no recibe el apoyo ni reconocimiento que debería. Las mujeres logran auténticas proezas (no sólo a nivel deportivo) que son obviadas, menospreciadas o invisibilizadas.

El día que la Selección española de fútbol femenino se hizo con el Campeonato Mundial de 2018, una conocida cadena de noticias comenzó el informativo diciendo que luego volverían con esa noticia porque lo importante era saber qué tal estaban los jugadores del Real Madrid en la concentración previa a un partido de Liga. Es insultante. El nivel actual es ese, anteponer la cena de un equipo antes de un partido a la proclamación como campeonas mundiales de fútbol a la Selección femenina.

Debemos mostrarles a las niñas y niños de hoy en día que no sólo los hombres pueden destacar en los deportes, las mujeres también son extraordinarias en este ámbito.

4.2. Ahora que soy mayor, no me dejan ser

No dedico mi vida profesional al deporte, ni busco trabajar en un futuro en este sector, pero hay personas que sí lo hacen. Conozco personas que deben compaginar estudios y/o trabajo con su actividad deportiva, pues sólo con esta última no obtienen suficientes recursos económicos para vivir. Sin embargo, sus colegas masculinos de profesión no tienen ese problema.

Es realmente difícil ser mujer, querer dedicarte por entero a vivir de la práctica de un deporte, y conseguirlo. La retribución económica que reciben no se asemeja a la que reciben ellos, no pueden permitirse volcar todo su tiempo en los entrenamientos, viajes y preparación de las competiciones. Lo peor es que lo tenemos asumido y normalizado.

Recibimos como una noticia sorprendente que un jugador de fútbol profesional tenga estudios superiores o posea un segundo trabajo a tiempo parcial. Nos resulta una locura que tenga que compaginar horarios y, si nos dan cinco minutos, le ponemos como ejemplo de superación. Sin embargo, en el ámbito femenino, esa es la regla general, siendo la excepción quien no necesita obtener ingresos extra.

No son pocas las mujeres que renuncian a su carrera deportiva por carecer de medios materiales y económicos suficientes que les permitan volcarse en ella y es hora de que esto cambie.

5. CONCLUSIÓN

Hay una idea generalizada de que “los hombres son mejores que las mujeres en los deportes” y es mentira. Cada individuo posee unas aptitudes, cualidades y habilidades que podrá o no potenciar a lo largo de su vida, de forma que le permitan destacar en diferentes terrenos.

Si desde que eres pequeño te regalan una pelota, te llevan al parque a jugar con tus compañeros, con quienes echas partidos de baloncesto y, al tiempo, te apuntan a un equipo, con quince años serás un buen jugador de baloncesto. Sucede igual si, en lugar de regalarte una pelota, te compran unos patines y cada día tus padres patinan contigo.

Actualmente, con veinte años, si echo un partido de tenis contra un amigo que nunca antes ha cogido una raqueta, le ganaré sin ningún problema. Esta victoria no sería porque yo soy mujer y el hombre, sino porque le llevo 14 años de entrenamiento de ventaja. No es una cuestión de genética o biología, sino de oportunidades.

Las mujeres no estamos predeterminadas genéticamente para ser bailarinas de ballet, ni los hombres lo están para jugar al rugby, pero la sociedad les condiciona a elegir un camino trazada por los prejuicios y estereotipos presentes en el contexto social que nos rodea.

Recientemente se han incorporado al fútbol femenino categorías infantiles, cadetes y juveniles. Hasta ahora, las chicas sólo podían formar parte de un equipo de fútbol masculino hasta los once o doce años, después tenían prohibido competir con ellos. Esta regla obligó a muchas niñas a abandonar la competición y tener que renunciar a seguir jugando.

“No estoy aceptando las cosas que no puedo cambiar, estoy cambiando las cosas que no puedo aceptar” Ángela Davis.